

El diario de la Roma Antigua

Por Eleuterio SANCHEZ ALEGRIA (*)

CARTELES E INSCRIPCIONES

Parece que, entre los medios de publicidad de que disponían los romanos, el más usado era el de los carteles. Grabados en bronce, mármol o piedra, aparecen por doquier en todas las ciudades romanas. Se trataba de las Actas del Senado o de los Decuriones, o simplemente de contratos o expedientes. Se hacían con intención de que estas inscripciones fuesen duraderas. Si, en realidad, el anuncio era de poca importancia, como el alquiler de una casa, un espectáculo, etc., entonces sobre una plancha de madera o sobre un muro blanqueado con tiza se escribía en negro o rojo lo que se intentaba hacer llegar al conocimiento de los conciudadanos.

Nosotros, es cierto, seguimos utilizando este sistema, pero entre los romanos era algo tan abundante e imprescindible, que casi no nos lo podemos figurar. A los carteles recurrían los magistrados para sus órdenes, los ciudadanos que testimoniaban su devoción a los dioses o los particulares que daban a conocer sus deseos al público. Con mucha razón dijo Sainte Beuve: «El verdadero monitor de los romanos se debe buscar en los innumerables páginas de mármol y bronce donde grabaron sus leyes y sus victorias.»

En efecto, sobre el muro de la «Regia», en que residía el gran Pontífice, cada año se colocaba una plancha cuidadosamente blanqueada que se llamaba *album*, en cuya parte superior se inscribía el nombre de los cónsules y magistrados; luego, siempre que sucedía algún acontecimiento en Roma o en las provincias, lo anotaban con algunas palabras. Este era el medio ordinario de poner a los ciudadanos al corriente de los hechos, y es de creer que los del interior y contornos de la Urbe allí acudirían con frecuencia en busca de información. Archivadas las aludidas planchas y publicadas después con el título de *Annales maximi*, ellas son el primer documento básico de la historia romana.

UN PERIODICO EMBRIONARIO EN LA ANTIGUA ROMA

El año 59 a. de J. C. César era nombrado cónsul y, como nos dice Suetonio, «uno de sus primeros actos fue establecer que las Actas de las asambleas del Senado, tanto como las del pueblo, fueran todos los días redactadas y publicadas»: *instituit ut tam senatus quam populi diurna confierent et publicarentur*.

No se había sentido hasta entonces la necesidad de adoptar esta medida respecto de las asambleas del pueblo, ya que, celebradas en presencia de todos en el Foro, no ocultaban ningún misterio; pero, en cuanto a las del Senado, era de máxima trascendencia el dar a conocer cada una de sus deliberaciones y la actitud que tomaban los senadores en esos mismos acuerdos. La Curia estaba rigurosamente cerrada al público: el secreto era una de sus fuerzas.

Julio César, que trataba de mortificar al partido aristocrático y, con pretexto de servir a la democracia, preparar el Imperio, adoptó este sistema con la expresa intención de desprestigiar así a la venerable asamblea y, eligiendo como secretario del Senado a un senador joven, generalmente hombre de su confianza, le daba instrucciones concretas acerca de la redacción de las actas. Se publicarían inmediatamente en el Foro, fijándolas en carteles en determinado sitio, donde desde abajo los pudieran leer bien, *unde de plano recte legi possit*.

SECCIONES FIJAS DEL PRIMER DIARIO DEL MUNDO

Con relación a su contenido, parece que podemos distinguir tres amplias secciones. Primeramente había una *parte oficial* relativa a lo que se quería dejar conocer, como las «Actas del Senado», los decretos de los magistrados, las cartas y discursos de los emperadores, con la mención de las interrupciones y aplausos con que habían sido recibidos. Luego venía otra parte que podríamos decir *semi-oficial* y en la que se daban noticias de la Corte, a la vez que se publicaban los «comunicados» del emperador, haciéndose mención de las audiencias concedidas en el Palatino, incluso de las personas recibidas por Livia y Agripina, aunque no lo llevaron muy a bien Tiberio y Nerón. Frecuentemente se describían ceremonias de categoría. Mas había, sobre todo, una abundante *miscelánea de hechos diversos*, en que tenían preponderancia los «ecos de sociedad», como bodas, nacimientos, decesos y divorcios, que por cierto se daban a diario en Roma, y es Séneca quien nos dice: *Nulla sine diuortio Acta sunt*.

(*) Catedrático de Latín en el I.N.B. «Torras i Bages», de L'Hospitalet de Llobregat.

GRAN ACEPTACION DEL DIARIO ROMANO

De la noche a la mañana, se encontraron los romanos con una información política y social más que suficiente, pues entre las Actas oficiales aparecían noticias de todo género, a veces demasiado pormenorizadas, como que tal y tal señor dieron cierta cantidad de dinero para un fin determinado. Por eso, nuestro autor cordobés ya citado dijo también: «Por mi parte no pongo mis liberalidades en la gaceta; *beneficium in acta non mitto.*» («Ben.» II, 10, 4).

Los romanos que están fuera de Roma son los que leen con mayor interés estas relaciones. Los personajes importantes que por sus cargos se han destacado a provincias se lo hacen enviar. Aludiendo Cicerón al mismo, escribe así a sus amigos: *Acta tibi mitti certo scio. Acta omnia ad te arbitror perscribi*: «Sé que recibis el Diario. Debéis saber todo lo que pasa por las cartas de aquellos que están encargados de transcribir el diario para vosotros.» Y el famoso orador y no por éso mal político, aunque no con la suerte que merecía, manifiesta asimismo a su entrañable e inteligente amigo Atico: «Tengo el Diario hasta las nonas de marzo y veo en él que, gracias a Curión, no se ocuparán de las provincias y podré dejar la mía dentro de poco tiempo.» Sabido es que por aquella época Cicerón se hallaba desterrado durante un año al frente del gobierno de la Cilicia, en calidad de procónsul. Año 53 a. de J. C. De hecho, Cicerón se mantuvo ausente de Roma hasta el 49, en que César se disponía a pasar el Rubicón. Seguramente que con gran ansia leería y profundizaría en los acontecimientos e intrigas que se traslucían en aquel improvisado Diario de la Urbe.

Un siglo y medio más tarde, se cuenta que el eximio Plinio el Joven, encontrándose en sus hermosos predios, seguía también con gran atención la política y la vida social de Roma, y al efecto escribe así a uno de sus amigos: «Conservad el buen hábito de hacer copiar el Diario y expedírmelo, mientras estoy en el campo.»

Incluso bajo el reinado de Teodosio, se dice que el buen orador y prefecto de la ciudad en los años 384-385 durante el reinado de Valentiniano II y más tarde cónsul en el 391 el insigne Q. Aurelio Simaco, tras llenar sus cartas de cumplidos a sus innumerables amigos, les da cuenta de los asuntos públicos, pero a continuación les proporciona todo un resumen de noticias políticas y de vida ciudadana, que solía llamar *Breuiarium* o *Indiculus*. Dicho resumen, redactado bajo su dirección por alguno de sus secretarios, tiene todas las trazas de haber sido un extracto del Diario de Roma.

LOS OPERARII, ANTECESORES DE LOS REPORTEROS CONTEMPORANEOS

Pero, en realidad, pocos eran los afortunados que podían contar con amigos que de manera constante les informasen de las novedades de la Urbe. Esclavos aptos para este menester no había o, en todo caso, algún que otro liberto. Y como siempre hay algunos que se benefician de las circunstancias, surgieron en Roma los informadores de oficio que recogían las noticias, para comunicarlas a cuantos deseaban saberlas. Por no cotizarse apenas dicha profesión, se les llamó *operarii* (obreros) y ellos fueron los antecesores de los reporteros de hoy. Es célebre

el nombre de Cresto, el principal de aquella pandilla de griegos y asiáticos, personas de espíritu flexible, diestras e inteligentes, que se insinuaban en todos los círculos de Roma y de quienes dijo Juvenal: «¿De qué no será capaz esta gente cuando la azuca el hambre?»

Como no entendían nada de los asuntos públicos y la sociedad por ellos frecuentada no podía tampoco enseñarles cosa nueva en este punto, su tarea se reducía a copiar, sin cambiar ni una sola palabra, las Actas de las asambleas del Senado y del pueblo, fijadas en el Foro. A ellas añadían las noticias adquiridas en sus correrías por calles y plazas; por lo que su crónica del día quedaba hecha y a la cual ciertos señores graves llamaron maliciosamente *compilatio*, considerando como un acto de pillaje esa búsqueda de noticias. Sin embargo, hemos de considerar que el beneficio social era grande y meritorio. Y, por supuesto, no faltaban hombres notables que sabían utilizar sus noticias para sus fines determinados. Cresto significa «útil» en griego y en verdad resultaba útil para los romanos.

Observemos, por ejemplo, que el propio M. Celio Rufo, sutil personaje político y hábil orador, como Cicerón, su amigo, al enviar a éste, en Cilicia, su *Comentarius rerum urbanarum*, le dice: «Encontraréis aquí las opiniones sostenidas por cada uno de los políticos.» Pero, a continuación, le suministra una buena serie de noticias que los historiadores y críticos suponen que forzosamente proceden de alguna «compilación» de Cresto. Entonces como ahora la comodidad contaría y podían personalmente tomar datos de las Actas oficiales en el mismo Foro, pero también podían no molestarse y prestar fiabilidad a aquel acervo general de noticias cursadas por los reporteros, de una acostumbrada fidelidad relativa. Después del comunicado oficial Celio concluye: «En cuanto al resto, tomad lo que os interese y pasad por alto una multitud de artículos tales como los que se refieren a autores silbados, a entierros y a otras bagatelas de este tipo.»

UN DIARIO QUE EVOLUCIONA, PERO NO ES IMPULSADO OFICIALMENTE

Mas he aquí que el aludido conjunto de bagatelas, *ineptiae*, como las consideraba Celio y que nosotros llamamos «hechos diversos», se introduce desde el principio hasta en los mismos carteles y las circunstancias hicieron que lo accesorio se convirtiera en principal. La parte política se reduce de día en día y la amplia sección de noticias en Roma toma incremento.

Pero... las dificultades para la supervivencia del periódico estaban ya a la vista. Andaba de por medio la estrenada política del Príncipe Octaviano. Desde el Imperio casi no vuelve a haber más asambleas del pueblo y en cuanto a las del Senado, Augusto mismo prohíbe la publicación de las Actas. Nos consta asimismo que el propio Tiberio se encargaba de nombrar el secretario de redacción de las mismas y los sucesores imperiales ejercían cada vez más vigilancia y censura acerca del resumen que se diera a conocer al pueblo romano, suponiendo que la orden de Augusto no se cumpliera en su integridad. Todo ello originó que las primitivas *Acta Senatus et populi*, creadas por César, se habían tornado desconocidas por el cúmulo de agregados y acabaron denominándose *Acta diurna populi romani* —«DIARIO DE ROMA»—, como acertadamente in-

terpreta Gastón Boissier, el crítico que mejor ha estudiado este aspecto.

Cabalmente nuestros hermanos latinos ultrapi-renaicos conservan con auténtico acierto el vocablo «Journal», derivado del adjetivo latino *diurnalis*, paralelo doblete del más usado *diurnus*, ambos emparentados etimológicamente con *dius* («del cielo», «divino» y «luminoso») y *diuus* (dios), relacionado con *dies*. El día luminoso y el cielo lo confundían con dios las gentes latinas, según testimonio de Varrón: *Hoc idem magis ostendit antiquius Iouis nomen: nam olim Diouis et Di (e) spiter dictus, i. e. dies pater; a quo dei dicti qui inde, et dius et diuum, unde sub diuo, Dius Fidius. Itaque inde eius perforatum tectum, ut ea uideatur diuum, i. e. caelum.* (L. L., 5,66). Por lo que pode-

G. Boissier y a él nos remitimos: «Se pueden dar muchas razones para explicar por qué la prensa no había tomado entonces el mismo desarrollo y la misma importancia que tiene hoy, y, no obstante, me parece que, al mirarlás de cerca, ninguna de ellas resulta completamnte decisiva.»

Y a continuación, con un cierto desorden psicológico va enumerando varias causas. He aquí la primera: «Vivió el diario en el transcurso del Imperio, desde su comienzo hasta su final en la misma forma. Nunca aparece en él ninguna innovación fecunda y vivir así, es vegetar. Lo utilizaron para transmitir noticias y en ésto había sido empleado desde el principio; pero ninguna otra cosa hicieron de él y nadie pensó en la importancia que podía alcanzar.»



Fragmento de un discurso de Adriano en el año 199.

mos inducir que la palabra «DIARIO», «JOURNAL», periódico que compramos cada mañana, debe hacernos comprender que es como una bendición social que Dios nos brinda, es un saludo de la propia Divinidad que nos dice: ¡Buenos días! ¡«Día luminoso»! ¡Día con suerte! En fin, todo un símbolo de participación de nuestro octidiano quehacer con Dios. ¿Cabe algo más sublime?

LOS ROMANOS NO SACARON EL PARTIDO POSIBLE DE SUS DIARIOS

El verdadero enfoque de la situación periodística en Roma nos lo proporciona el formidable historiador

Repara luego en otra dificultad y muy grave, la distribución del propio diario una vez redactado, con los escasos medios de que se disponía en aquella época, aunque insinúa que la «posta» hubiera podido ser un eficaz medio a su alcance para que el periódico llegara a su destino en los distintos puntos del ingente mundo romano. Pero de hecho no se utilizó este medio oficial.

Por otra parte, la imprenta no existía y no se cree que sin ella fuese posible la difusión del diario. Sin embargo, el perspicaz historiador francés nos dice más adelante: «En todo caso, la imprenta, por más que se diga, no era del todo indispensable para el éxito del Diario: estaba la copia manuscrita. Los esclavos copistas eran numerosos en Roma, escri-

bían rápidamente, no costaban caro y, en rigor, su trabajo podía ser suficiente. Cuando Cicerón, en el pleito de Catilina, sintió la necesidad de levantar en su favor la opinión pública, encontró un número de copistas bastante grande para transcribir y distribuir en poco tiempo, en toda Italia y en las provincias, las declaraciones de los testigos contra los conjurados.» *Describi ab omnibus statim librariis imperavi, diuisi toti Italiae, emisi in omnes prouincias* (Pro Sylla, 34). Pero, está claro, hombres dinámicos y del talento de Cicerón, había pocos y por éso su producción literaria abarca la de casi todos los literatos juntos de su tiempo y la fama del ilustre orador llega a nuestros días en su pleno fulgor.

Finalmente G. Boissier apunta la más grave causa que supuso el ocaso del Diario de Roma: «Ciertamente, la más grave de todas es que entre los romanos y nosotros existe la siguiente diferencial: el Diario viene a nuestro encuentro, mientras que entre ellos había que ir a encontrar el Diario. Se lo fijaba en su sitio donde todos podían leerlo; en realidad, no lo leían a no ser por casualidad, cuando estaban ociosos y pasaban cerca del muro en que estaba escrito. En verdad podían mandarlo copiar, pero éste era un trabajo al que no se resignaban sino cuando no se podía hacer de otra manera, es decir, si estaban ausentes de Roma y deseaban saber lo que en ella sucedía. Pero se creían eximidos de buscar las noticias en otras partes mientras habitaban en la ciudad, asistían a las reuniones del Senado y frecuentaban las sociedades charlatanas donde se repetían o se fabricaban las noticias. Así el uso que se hacía de los diarios era sólo intermitente: hubiera sido menester que fuera regular para convertirse en costumbre y, como no llegó a ser una costumbre, nunca fue una necesidad.»

UN PERIODICO QUE PUDO HABER ALCANZADO SU META

Para terminar, añadamos que aquellos diarios romanos aparecían redactados muy deficientemente y ellos, hombres de quienes Séneca dijo que sufrían un exceso de literatura, debían de ser muy sensibles a este defecto, lo cual debió de influir mucho en que no llegaran a adquirir la costumbre del diario, como nosotros los modernos.

De todas formas, fue una lástima el eclipse del «Diario de Roma», como el de tantas cosas maravillosas que nacen, se desarrollan y mueren. Quienes

estuvieron a punto de haber descubierto la imprenta, utilizando matrices de hierro sobre vasos, tejas y lámparas para imprimir cotidianamente los nombres de fábrica y dueños, con sus fechas consulares, no pensaron perfeccionar aquel admirable instrumento de noticias oficiales; en cinco siglos no se hizo ningún progreso, siendo todavía bajo Teodosio lo que había sido en tiempos de Augusto. Pudieron darse de los servicios que era posible sacar de los diarios, pero de hecho no supieron, no acertaron a hacerlo, no adivinaron el papel que podían representar, el lugar que debían ocupar en la política, en las letras y en la vida de todos; los dejaron vegetar obscuramente durante varios, casi sin sacarle ningún provecho. Por éso, podemos afirmar con G. Boissier que, si los romanos tuvieron diarios, en definitiva no conocieron el periodismo.

Pero lo curioso es que pasarán los siglos y no vuelve a aparecer la estampa del prístino periódico romano. Como es bien sabido, será Francia, en tantas cosas cerebro del mundo, la que recobrará este aspecto de la cultura latina, siendo ella la cuna del periódico moderno. Surge de la forma más natural en las primeras décadas del siglo XVII, al publicar en París el célebre médico Teofrasto Renaudot su «Gazette», el primero de los periódicos franceses. Sucedió ésto el 30 de mayo de 1631. Años más tarde igualmente Dugone tendría la idea de compilar carteles y ofrecernos así un perfecto diario en sus singulares «Petites Affiches».

Este fenómeno, a primera vista insignificante, haría cambiar la faz del mundo intelectual y social, infundiendo nuevo ritmo a nuestra vida moderna.

En su día y en su momento hemos visto que fueron sucesivamente protagonistas la electricidad, el tren, el teléfono, la radio, la televisión y tantos sucesos y fenómenos como vienen transformando el aspecto de nuestro modo de vivir...

Es para una breve reflexión. Un Dios supremo creó el inconmensurable cosmos en que nos movemos; pensemos que en nuestro alrededor se alzan a diario dioses menores, genios, que con sus continuos inventos nos proporcionan mayor bienestar. El periódico no deja de ser una genial invención, que debe figurar entre las sublimes aportaciones a la humanidad. Y es hermoso y agradable abrir cada mañana o cada tarde nuestro periódico para, como en un gigantesco calidoscopio, contempar en una visión completa los acontecimientos todos del orbe en sus distintas latitudes. Ello es, en verdad, grandioso.